

El determinismo y el psicoanálisis

Determinism and Psychoanalysis

Marco Alexis Salcedo

Psicólogo, licenciado en filosofía, con maestría en filosofía. Profesor e investigador de la Universidad San Buenaventura, Cali, y catedrático de la Universidad del Valle.

Correspondencia:

marcoalexissal@hotmail.com

RESUMEN

En el siguiente texto se realiza un ejercicio hermenéutico de la obra de Freud en el que discute, con fines aclarativos sobre el tema, el sentido que el padre del psicoanálisis le otorgó al concepto de “determinismo psíquico”; término fundamental de su teoría que ha originado erróneas atribuciones al psicoanálisis, especialmente relacionadas con el tema del libre albedrío humano. En el artículo se sostiene que Freud empleó dicho concepto para sostener la racionalidad que tenían los fenómenos psíquicos, no la carencia de autodeterminación que tienen los sujetos en su vida.

Palabras clave: Psicoanálisis - Freud - Determinismo - Causalismo - Predictibilidad.

ABSTRACT

In this paper a hermeneutics exercise is carried out about Freud's work in which it is discussed in order to make clear, the sense the father of psychoanalysis makes about the idea of Psychic determinism, a key

concept of his theory that has generated some misunderstandings in the interpretation of the psychoanalysis theory, particularly related to the issue of human free will. In this article, it is exposed that Freud used this concept to support the rationality of the psychic phenomena, but not the lack of self-determination that present the individuals in their life.

Key words: Psychoanalysis - Freud - Determinism - Causality - Predictability.

INTRODUCCIÓN

Como es bien sabido, Freud consideró que la ciencia que llegó a fundar era claramente determinista. Así dijo: “el psicoanálisis se distingue por una creencia particularmente rigurosa en el determinismo de la vida anímica” (Freud, 1982b: p. 33). Este planteamiento, sostenido por Freud a lo largo de su vida profesional, dio lugar para que innumerables autores llegaran a la conclusión, que de ser verdadera la teoría psicoanalítica del determinismo, nadie sería responsable de su conducta y, por consiguiente, no sería posible ejercer juicios morales sobre persona alguna. Los que adoptan esta perspectiva aseguran que “Freud ha demostrado a tal punto que nuestras reacciones están determinadas inconscientemente, que su trabajo es responsable en gran parte de minar la voluntad y la decisión en toda esta época” (Wallwork, 1994. p. 64). Según esta opinión, “el determinismo freudiano haría de cualquier característica de la conducta... algo carente de significado” (Wallwork, 1994, p. 64). En palabras de Estanislao Zuleta, “hay muchos que objetan a Freud como pasadista, como un individuo cuyo pensamiento consiste

fundamentalmente en que hace del hombre un esclavo del niño que fue, una marioneta movida por lazos desconocidos que ligaban a los efectos de la infancia, inmodificables porque ya fue” (1985, p. 175). Y no sólo a estas conclusiones se llegó. El psicoanálisis también se ha concebido como una teoría que promulga la entera predictibilidad de la conducta humana. Para citar un ejemplo, Karl Popper, en *Universo Abierto*, afirma:

Un psicoanalista puede, en muchos años de estudio desterrar todo tipo de causas enterradas en el inconsciente de su paciente. Supongamos que el analista es capaz, en gran número de casos, de predecir la conducta de su paciente con éxito. Aún así, pocos creerán, a pesar de todo su conocimiento sobre los motivos de su paciente, que el analista es capaz de predecir el tiempo exacto que le tomará a su paciente subir las escaleras, aunque, el analista puede decir que podría realizar la predicción si contase con los datos suficientes (1994, p. 25).

Esta clase de interpretaciones, en cierto sentido, hacen del psicoanálisis la doctrina que vuelve realidad el paradójico planteamiento kantiano de hacer posible la predicción

de la conducta humana si se conoce con suficiencia las más profundas motivaciones del sujeto: “Puede concederse, pues, que si tuviésemos la posibilidad de penetrar en la manera de pensar de un hombre... con la profundidad suficiente para que cada uno de sus móviles, incluso el más ínfimo, nos fuera conocido, al igual que todas las circunstancias exteriores que actúan sobre él, nos sería posible calcular su conducta futura con tanta certeza como si se tratara de un eclipse de luna o de sol” (Kant, 1961, p 67).

¿Son estas imputaciones válidas conclusiones de la teoría psicoanalítica? Pues bien, el siguiente texto pretende establecer el sentido con que Freud definió al psicoanálisis como determinista.

El Determinismo como concepto

¿Qué es lo que se quiere indicar cuando se usa la palabra determinismo? Para empezar, señalemos que la respuesta a este interrogante no es unívoca, ya que el término es interpretable de diversos modos. En la acepción más corriente de la palabra se sigue la lógica de esta proposición: “A está determinado por B para hacer C”. En este uso se da una relación triádica en la que los tres elementos configuran una teoría explicativa de la acción de un sujeto: A es un sujeto, C su hacer y B vendría a ser la causa por la cual se da C. En este uso corriente de la palabra, “determinismo” califica a ciertas tesis que hacen a B la sede de una serie de fenómenos o entidades que poseen la facultad de hacer que para A sea simplemente irresistible C, es decir, lo que efectivamente realiza. Como ejemplo, citemos las siguientes definiciones de Determinismo:

“Sistema filosófico que subordina las determinaciones de la voluntad humana a la voluntad divina. Sistema que admite la influencia irresistible de los motivos” (*Diccionario Enciclopédico Espasa*, 1985, p. 535).

“...Determinismo, en su dimensión más amplia, equivale a necesidad rigurosa, contrapuesta por lo tanto a contingencia o libertad” (*Gran Enciclopedia Larousse*. 1973, p. 832).

“El determinismo auténtico es en realidad un predeterminismo, o sea, la creencia de que la acción humana encuentra su motivo determinante en el tiempo que la antecede, y de tal manera que no está en poder del hombre en el momento en que se efectúa” (Abbagnano, 1963, p. 312).

“En una acepción general, el determinismo sostiene que todo lo que ha habido, hay y habrá, y todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, está de antemano fijado, condicionado y establecido” (Ferrater, 1988, p. 777).

Quizás, como un modo más efectivo de aclaración de este asunto, sea importante recordar sucinta y esquemáticamente las tesis que a lo largo de la historia han sido clasificadas bajo la rúbrica del determinismo.

Con frecuencia se ha distinguido entre determinismo en cuanto causalismo y en cuanto finalismo o teleologismo, aunque claro está, ambas con iguales consecuencias afirman que hay un encadenamiento riguroso de todos los fenómenos y, por lo tanto, ni en una doctrina ni en la otra puede afirmarse la existencia de la libertad. La forma inicial de determinismo fue la teleológica, que se refiere a aquellas teorías que basaban sus explicaciones en fines o metas que debían alcanzar de forma necesaria todos los seres, en especial el hombre. Así, se veían en

todos los movimientos vitales de los seres animados y en las transformaciones del mundo inanimado tendencias guiadas hacia un fin. En los griegos es reconocible la prevalencia de esta forma explicativa, característica también de las formulaciones religiosas. Un buen ejemplo de ello lo constituye el pensamiento aristotélico, pues Aristóteles afirmaba que todo ente tendía por naturaleza a una determinada forma de ser, es decir, a realizar la esencia que le correspondía.

Por tanto, si parece admisible la disyuntiva o existe por azar o casualidad, o bien, existe dirigido y orientado a un fin, y estas cosas que acabamos de hablar no pueden existir por obra del azar, hay que admitir, sin duda alguna que existen con un fin determinado... luego el existir y venir a ser con un fin es algo inherente a todos los seres que hacen y existen por obra de la naturaleza (Aristóteles, 1995, p. 198).

Lo llamativo de las tesis teleológicas es que crean entes metafísicos. Dios, los espíritus, la naturaleza, han sido algunos de sus nombres, los cuales vienen a dar cuenta del origen de los supuestos fines que han orientado el universo entero. Podemos ejemplificar lo anterior con el caso de Dios. Dios, que de acuerdo con la Biblia, es el gobernante supremo del universo (“el señor reina... fija el universo inamovible”; *La Biblia*, 1972, Salmo 96, 10); ha creado el mundo de modo tal que su transcurrir corresponde a un plan previamente diseñado (“la providencia de Dios cuida el mundo”; *La Biblia*, 1972; Salmo 33), plan desconocido para el hombre (“el ojo no ha visto, el oído no ha oído, a nadie se le ocurrió pensar lo que Dios ha

preparado para los que lo aman”; *La Biblia*, 1972, Corintios 2, 9), e inalterable a pesar de sus intentos (“El... malogra los proyectos de los pueblos e impide lo que traman las naciones. Pero el plan del señor persiste siempre”; *La Biblia*, 1972, Salmo 33), y en el que se marca el destino y el proceder de muchos individuos (“a los que de antemano conoció... los destinó a ser como su hijo y semejantes a El... los hace justos y después de hacerlos justos les dará la gloria”; *La Biblia*, 1972, Romanos 8, 29-30). Por tanto, y bajo tal perspectiva, todo acto de libertad humana y todo deseo e inclinación, al proceder de alguna cadena de causas, “cuyo primer eslabón está en manos de Dios, primera de todas las causas, estará acompañada de la necesidad de hacer aquello que Dios quiere, y no más ni menos” (Hobbes, 1983; p. 301).

Ahora bien, lo que es crucial observar es que estas teorías que formularon un determinismo teleológico dieron paso desde hace unos siglos atrás a hipótesis basadas en explicaciones del tipo causa eficiente aristotélica. La interpretación metafísico-ontológica del mundo que conllevaba resultó intolerable para los hombres de ciencia de la modernidad. De tal manera, se concibió como producto de la ignorancia toda suerte de tesis que daba cabida a entes metafísicos. Así, en la actualidad la gran mayoría de las doctrinas deterministas han surgido por extensión de las premisas de la mecánica clásica. En esta mecánica se atiende a ciertas propiedades de los cuerpos, se formula una serie de ecuaciones con el fin de establecer la dependencia funcional existente entre tales propiedades y otras. Esto es lo que encontramos en muchas de las tesis

deterministas modernas, cosa que ha llevado a veces a que se identifique determinismo con mecanicismo. En este orden de ideas, en el determinismo actual se añade el modelo de la máquina clásica proyectado sobre la idea del universo, así como el principio reduccionista según el cual todos los fenómenos se pueden convertir en categorías mecánicas, es decir, en manifestaciones epifenómicas del movimiento local de los corpúsculos inengendrados e imperecederos. Movimiento rigurosamente calculable mediante las ecuaciones diferenciales de la mecánica. Este último elemento anunciado, el de la posibilidad de predicción de los fenómenos, es tal vez la consecuencia de mayor trascendencia en estas concepciones. Las hipótesis teleológicas también poseen este rasgo, aprehendiéndolo bajo la idea de destino, que resulta supuestamente cognoscible siempre y cuando se utilicen los medios idóneos. Sin embargo, su reconocida falibilidad, explicable sólo mediante una enorme cantidad de motivos, fue entre otras razones la que conllevó a que progresivamente fuera reemplazada por las tesis causalistas cuyas predicciones eran más coherentes, verosímiles y probables, aunque, muy pronto se aceptó el carácter finito de la mente humana y su imposibilidad de tener en cuenta todos los factores para realizar una acertada predicción.

Algunos autores llegaron a plantear a un hipotético espíritu ideal capaz de abrazar todos los procesos físicos que se desarrollan al mismo tiempo, opción que si existiera probaría no sólo que se puede predecir con certeza y en detalle cualquier proceso físico, sino también que es el universo completo una máquina con todas sus

viscitudes. Uno de tales autores fue Laplace, quien afirmó:

Deberíamos considerar el presente estado del universo como el efecto de su estado anterior y la causa del que seguirá. Supongamos... una inteligencia que pudiera conocer todas las fuerzas que animan la naturaleza y los estados, en un instante, todos los objetos que la componen... para esta inteligencia nada podría ser incierto; y el futuro como el pasado será presente ante sus ojos (citado por Popper, 1994, p. 22).

En el caso de la explicación de la conducta humana, el modelo teleológico no fue sustituido por el simple y llano causalismo una vez iniciada la modernidad. Todo lo contrario. La modernidad fundamentó, con base en la categoría de la voluntad, a un sujeto cuyo hacer era producto de un debate interior, en el cual se sopesaba los pro y los contra de sus acciones y se preveía al máximo el orden de los medios y los fines. En últimas, un sujeto cuyo hacer, además de responder a intenciones, estaba más allá de determinantes exteriores al de la propia voluntad. Un filósofo en especial fue el forjador de esta concepción, Descartes, quien afirmó:

No puedo quejarme de que Dios no me haya dado un libre arbitrio, o sea, una voluntad lo bastante amplia y perfecta, pues claramente siento que no está circunscrita por límite alguno... sólo la voluntad o libertad de arbitrio siento en mí tan grande que no concibo la idea de ninguna otra que sea mayor... (y) consiste sólo en que podemos hacer o no hacer una cosa (esto es: afirmar o negar, pretender algo o evitarlo); o mejor decir, consiste sólo en que, al

afirmar o negar, y al pretender evitar las cosas que el entendimiento propone, obramos de manera que no nos sentimos constreñidos por ninguna fuerza exterior (1977, p. 48).

Ni aún los discernimientos del intelecto eran para Descartes decretos necesarios para la voluntad, tal como profesaba la doctrina ordinaria de la Escuela de su tiempo¹. Así aseguró: “siempre nos está permitido apartarnos de un bien claramente conocido o admitir una verdad clara” (Descartes, 1999. Carta 9 de febrero de 1645, p. 428), o como agrega líneas más abajo: “la mayor libertad consiste en una mayor facilidad de determinarse o en uso mayor de aquel poder positivo que tenemos de seguir las cosas peores aunque veamos las mejores” (Descartes, 1999. Carta 9 de febrero de 1645, p. 429). Sin embargo, con el transcurrir del tiempo la idea de sujeto, tal como la estableció Descartes, empezó a ser cuestionada por construirse sobre una base metafísica, y en esa medida, incompatible con la creciente necesidad de tangibilidad y predictibilidad que exigían los hombres de ciencia. De tal suerte, objetivas y más reales se consideraron las

explicaciones de llano causalismo, es decir, de mecanicismo, hechas respecto a la praxis del hombre. Estas crearon la ilusión de poder predecirse con certeza la conducta humana cuando se lograra conocer y computar todos los factores que intervienen en su devenir. Es la doctrina de la necesidad, según John Stuart Mill, lo expresado aquí, que torna a “las voliciones y las acciones humanas necesarias e inevitables” (Mill, 1917, p. 839). Y que llevan a creer en la confiabilidad de la siguiente conclusión:

Dados los motivos presentes al espíritu del hombre, dados igualmente su carácter y disposición a actuar, la manera cómo obrará, puede ser inferida infaliblemente; si conociésemos a fondo a la persona, y si supiésemos todas las influencias que se ejercen sobre ella, podríamos predecir su conducta con tanta certidumbre como la que implica la predicción de un fenómeno físico (Mill, 1917, p. 839).

Conclusión que, empero, suele acompañarse con el reconocimiento de que la predicción de las acciones de los individuos, con una precisión científica, es ciertamente poco factible, dada la imposibilidad de prever la totalidad de circunstancias en que el individuo se verá colocado.

Esta progresiva introducción del modelo mecanicista en las teorías psicológicas llevó a que el supuesto del libre albedrío del hombre se viera nuevamente cuestionado, ya que este modelo hace del ser humano una máquina de reacciones automáticas cuyo control de mando está, si no en el ambiente exterior, sí en un programa previamente diseñado por la naturaleza.

Ésta es pues la imagen que

¹ Desde la antigüedad se venía considerando a la voluntad por entero subyugada al entendimiento. Así una de las máximas socráticas rezaba: la virtud es conocimiento y el vicio es ignorancia. En el medioevo ese precepto aún se promulgaba, claro está bajo parámetros cristianos: *omnis peccans est ignorans* (todo pecador es un ignorante), afirmaban los escolásticos o también: “*voluntas non fertur in malum, nisi quatenus ei sub aliqua retrone boni repraesentatu ab intellectu*” (la voluntad no se dirige hacia el mal sino en cuanto el entendimiento se lo representa bajo alguna razón de bien) (René Descartes. 1999. carta a Mersenne. Fines de mayo de 1637, p. 360). Mientras estas máximas estuvieron en boga, inadmisiblemente fue pensar la posibilidad de ruptura entre entendimiento y la voluntad. El origen del error, entonces, sólo podía plantearse como un desvío del intelecto, una falla de esta facultad para distinguir lo bueno de lo malo. Especialmente con el surgimiento de Descartes la discontinuidad entre las dos facultades mencionadas se vino a reconocer.

conlleva el mecanicismo, y en general cualquier otra forma de determinismo: configuran un individuo al cual no le es posible controlar su hacer; hasta las más insignificantes de sus reacciones ya estarían decididas de antemano; lo único que le queda es seguir al pie de la letra lo ya establecido sin tener la más mínima posibilidad de realizar variación alguna a ese proyecto de vida y sin serle conocido, la mayoría de las veces, lo que está ejecutando. Esta imagen absolutamente aterradora para muchos ha devenido inaceptable por el hecho de hacer del hombre un ser no responsable de sus acciones: si el destino existe, o si somos meros conductos de causalidades ajenas a nosotros mismos, ¿por qué habríamos de sentirnos responsables de nuestros actos? ¿por qué habrían de juzgarnos y condenarnos por lo que hacemos, si lo que estamos realizando es cumplir inevitablemente los designios divinos o del universo? Son las preguntas que surgen cuando alguien valida la problemática del determinismo.

De este modo, sólo cuando el hombre es dueño de su destino, sólo cuando se juzga la intención como el resorte fundamental de la acción de un individuo, pues es la esencia propia de la conciencia, de acuerdo con Husserl, permanecerá incólume ese poder de la voluntad del que Descartes llegó a decir que es infinito, igual en nosotros que en Dios, porque en contraste con el entendimiento, necesariamente limitado en las criaturas, no implica el más o menos. La condición ontológica del libre albedrío depende, pues, de que el hombre tenga la opción de establecer los linderos dentro de los cuales va a discurrir su vida. Libertad es, entonces, la determinabilidad del individuo que se basa en el propio

sujeto. Por consiguiente, deterministas son las tesis que diluyan la posibilidad de elección del ser humano. Esto es, que desconozcan rotundamente el poder de la voluntad para aceptar o rechazar aquello que se le propone. Digámoslo en otros términos, deterministas son las tesis que contrarían la visión del ser humano que expone, por ejemplo, Jean Paul Sartre:

... para la realidad humana ser es elegirse; nada viene a ella ni de fuera ni de dentro de ella misma, que no pueda recibir o aceptar. Sin ningún tipo de ayuda está enteramente abandonado a la intolerable necesidad de hacerse a sí mismo hasta en el más mínimo detalle. No hay límites para nuestra libertad en el sentido de que nada determina lo que vamos a hacer, excepto nuestras propias decisiones espontáneas” (citado por Bernstein, 1971, p. 150).

Ciertamente, el sentido del determinismo que hemos esbozado hasta el momento está especificado de alguna manera como la definición en negativo del libre albedrío. Mejor dicho, se parte de indicar lo que es la libertad para afirmar que determinismo es lo que se le opone. Así, si “libre es todo lo que es voluntario” (Jean Paul Sartre, citado por Bernstein, 1971, p. 150), determinado está todo aquello no hecho a través de la voluntad.

Ahora bien, debe señalarse, existe otro sentido del concepto de determinismo, que resulta ser una definición positiva del mismo. El discurso científico, que sustenta un férreo convencimiento en el principio de causalidad, ha hecho de este principio el significado del concepto. De tal modo, la palabra determinismo ha sido adoptada para también designar el

reconocimiento y la importancia universal de la necesidad causal. Causalidad no en el sentido de causa-eficiente, que es en parte al cual nos estábamos refiriendo con anterioridad. Es necesidad causal en el sentido de que hay un fundamento explicativo para las cosas que acontecen en el mundo. Según tal concepción determinista, el universo se encuentra sometido rigurosamente al imperio de la leyes. Es decir, “el orden de los fenómenos se encadena sin dejar margen al azar o libertad... la concepción determinista no consiste sino en proclamar la vigencia absoluta de este tipo de legalidad en el orbe total de lo real” (*Gran Enciclopedia Larousse*. 1973, p. 831).

Esta comprensión determinista se relaciona con la posibilidad misma de cognoscibilidad del mundo y con la posibilidad de que pueda fundarse una ciencia que dé cuenta de él. De cierta manera, tal concepción refleja la esencia de lo considerado como racional, ya que se asocia con una de las categorías, de acuerdo con Kant, sintéticas a priori de entendimiento. Anularla, refutarla o simplemente cuestionarla implicaría, entre otras cosas, tener que resignarse a la incognoscibilidad de la realidad.

David Hume, el más eminente filósofo inglés, de quien dijo Kant le debe el despertar del sueño dogmático, fue reconocido precisamente por haber presentado una fuerte crítica al concepto de causalidad, que se desliza en uno de los sentidos de la palabra determinismo. Hume, que consideró “falaz y sofística” toda demostración que haya sido presentada a favor de la necesidad de una causa, reduciendo la problemática de la causalidad a un proceso de asociación de ideas, a un

principio de hábitos y creencias, señaló claramente qué acepción tomaría, en estos parámetros, el vocablo libertad, par antagónico común de la idea de determinismo. “... La libertad suprime la necesidad, también las causas, de modo que es exactamente lo mismo que el azar” (Hume, 1981, p. 606). Hume homologa la libertad con el azar, porque la entiende como la ausencia total de leyes o regularidades, significado que es, a propósito, uno de los comunes para la palabra azar.

De tal manera, para Hume, libertad es sinónimo de capricho y si esta acepción se utiliza para calificar las acciones humanas, esto es, si se afirma que la conducta humana es libre, se le estaría calificando de irregular e incontingente. De ahí que interprete como paradójica la evaluación que se hace de la conducta del loco. “Se admite comúnmente que los locos no tienen libertad. Sin embargo, a juzgar por sus acciones estas muestran menos regularidad y constancia que las acciones de los cuerdos, y en consecuencia, están más alejadas de la necesidad. Por tanto, nuestra forma de pensar es en este punto absolutamente inconsistente” (Hume, 1981, p. 603).

A cierto nivel, de lo que se trata es de la negación de las causas cuando es planteada la cuestión de la libertad. Es como si se estuviera afirmando que los eventos ocurren sin explicación alguna, o sea, que ningún acontecimiento sería reductible a una razón suficiente, lo cual sólo podría tomar sentido en términos irracionalistas. Libertad es, pues, en este contexto acausalismo, indeterminación, al contrario del primer sentido esbozado que la sitúa como autodeterminación. Dicho en

otros términos, deterministas son, en un primer momento, las tesis que refiriéndose siempre al futuro afirman un transcurrir necesario de las cosas. Recuérdate simplemente la imagen del destino: a los individuos ubicados en un presente se les anticipa cuáles van a ser los incidentes posteriores de sus vidas y esto porque se supone el futuro como “ya escrito”. En la segunda acepción, determinismo implica la creencia en un fundamento pasado para las cosas presentes.

Es importante observar que la tesis de la autodeterminación tiene como una de sus máximas básicas el causalismo, entendido éste último como el supuesto de la existencia de fundamentos precedentes a lo actual. En efecto, esta última creencia se encuentra subsumida en el precepto de la auto determinación, y ello de modo tal que no existe manera de refutar la concepción de antecedentes explicativos para los fenómenos actuales sin a la vez arruinar toda posibilidad de aceptación de la idea de una voluntad. Sin embargo, nuevamente enfatizamos, suponer un fundamento precedente a lo actual no significa admitir un encadenamiento necesario y predecible para, por ejemplo, el porvenir venidero de las actuaciones del hombre.

El determinismo del pretérito y la libertad del futuro no son, pues, lógicamente excluyentes. En este sentido, no son ininteligibles las doctrinas que consideran válidos a los dos últimos aspectos indicados. Para el caso, basta recordar las palabras de Kant: “a posteriori tendremos motivos para buscar en la sensibilidad el fundamento de la acción, a saber, el fundamento explicativo (*Erklarungsgrund*), pero no el

fundamento determinante (*Bestimmungsgrund*) de la misma; a priori empero, cuando la acción se representa como futura... nos sentiremos indeterminados con respecto a ella y capaces de hacer un primer inicio de la serie de los fenómenos” (Kant citado por Torrenti, 1980, p. 256).

Sin duda, aquí hay problemáticas para muchas reflexiones, sin embargo, consideramos que con las indicaciones ya hechas nos basta para los fines perseguidos en este texto.

El determinismo en Freud

Los distinguos realizados hasta el momento resultan ser de enorme utilidad a la hora de aplicarse como medio de elucidación de la concepción determinista en la teoría psicoanalítica. Así, de las dos distinciones trazadas respecto a la palabra determinismo es, a nuestro modo de ver, la segunda la que Freud promulgaba cuando afirmaba al psicoanálisis como una teoría defensora de las tesis deterministas en lo anímico. Dicho de otro modo, lo que Freud estaba señalando era su convicción de que la psique no podía estar al margen de las exigencias impuestas a la realidad. Es decir, que debían los fenómenos mentales tener un antecedente explicativo que permitiera dar cuenta de los mismos. Es probablemente esta la interpretación más plausible para la noción de determinismo en el psicoanálisis, la cual trajo consigo el preciado aporte de hacer de la psique un válido y serio objeto de investigación para la ciencia: “la contribución del psicoanálisis a la ciencia consiste en la extensión de la investigación al terreno psíquico” (Kant citado por Torrenti, 1980, p. 256).

Desde este punto de vista, Freud estimó como incongruentes las objeciones de quienes veían, por ejemplo, en los *lapsus linguae* y otros errores fútiles “pequeños accidentes” indignos de interés científico, hechos intrínsecamente carentes de sentido: “(quién hace esta crítica) ¿qué quiere decir? ¿Pretende que hay hechos tan pequeños que no entran en la secuencia causal de las cosas, que podían ser diferentes de lo que son? Cualquiera que prescindiera de la explicación de los fenómenos naturales en un solo punto, abandona toda la visión científica del mundo” (Freud, 1982b, p. 86).

Freud, pues, estaba interesado por encontrar la causación del síntoma, su etiogénesis o etiología, que diera cuenta de todas sus viscosidades y que le permitiera demostrar que “la ocurrencia producida por el preguntado no (era) arbitraria ni indeterminada” (Freud, 1982i, p. 96). Esta sólida confianza en la existencia de un rígido determinismo dentro de lo anímico, de “un condicionamiento en la vida psíquica” (Freud, 1982g, p. 89), que produjera y explicara los síntomas histéricos fue, a propósito, aquello que le permitió sustituir la técnica de la hipnosis por la de asociación libre, condicionamiento que demostró en “el olvido temporario de palabras, de nombres conocidos, en los tan frecuentes deslices en el habla, en la lectura, la pérdida de objetos... en actos en que la persona se infiere un daño en apariencia casual... y tantos otros, para los cuales, hasta entonces ni siquiera se había exigido una explicación psicológica” (Freud, 1982c, p. 235). El examen de los anteriores hechos, la mayoría de ellos nimios y de poca trascendencia en la vida de una persona y que se caracterizan por ser

operaciones fallidas, fueron precisamente los que posibilitaron a Freud ratificar la vigencia universal de la “*Weltanschauung*” de la época, la visión científica del mundo, en la que se considera que absolutamente todo responde a una razón de ser:

Si una persona se traba al hablar, no cabe responsabilizar por ello al azar... sino que en todos los casos se puede pesquisar un contenido de representaciones perturbadoras... Considere también en las pequeñas acciones casuales de la gente en que no parece guiada por propósito alguno y se les desenmascara como una acción sintomática, que se vincula con un sentido escondido... Ni siquiera es posible que a uno se le ocurra por azar un nombre propio, pues se verificará siempre que su ocurrencia estuvo comandada por un poderoso complejo de representaciones (Freud, 1982g, p. 88).

La extensión de la *Weltanschauung* científica al reino de lo anímico conllevaba para Freud la refutación del azar como la mejor explicación para los fenómenos psíquicos. “El azar es indigno de decidir sobre nuestro destino” (Freud, 1982k, p. 127), aseguró. Y azar, entendido como lo no motivado, fue además lo que aprehendió de las doctrinas promulgadoras de una libre voluntad: “...en las decisiones triviales e indiferentes uno preferiría asegurar que igualmente habría podido obrar de otro modo, que uno ha actuado por una libertad libre, no motivada” (Freud, 1982j, p. 247). Libertad y arbitrariedad psíquica eran, pues, para el fundador del análisis, esencialmente lo mismo, como se verifica en este otro párrafo:

Cometen un gran error cuando

opinan que es arbitrario suponer que la ocurrencia inmediata del soñante por fuerza ofrece lo buscado, o lleva a ello, pues podría ser enteramente caprichosa y descolgada... ya en una ocasión anterior me permití reprocharles que existía profundamente arraigada en ustedes una creencia en la libertad y arbitrariedad psíquica, creencia en un todo acientífico, y que debe ceder ante el reclamo de un determinismo que gobierne también la vida anímica (Freud, 1982b, p. 96).

Dado que este pasaje es el que con mayor frecuencia se cita en apoyo al supuesto rechazo de Freud del libre albedrío, Wallwork realiza al respecto un análisis más detallado sobre las palabras que Freud utilizó en la edición original alemana: “las palabras de Freud (en el texto original alemán) son: “*Glaube an psychische freiheit und willkürlichkeit (...)* ganz unwissenschaftlich ist” (GW 11, 104)” Aquí *willkürlichkeit* significa arbitrariedad o acto arbitrario, no “libre albedrío” en el sentido de una elección racional; mientras que *freiheit* se refiere a sucesos totalmente incondicionados, no a una elección racional entre cursos alternativos de acción. Esto mismo es aclarado por Freud tres frases más adelante cuando reitera su afirmación de que “la idea producida por el hombre no fue arbitraria ni indeterminable” (*nicht willkürlich nicht unbestimmbar*) (GW 11, 104). Si Freud hubiera querido declarar ilusorio al libre albedrío, con seguridad lo habría hecho abiertamente usando las expresiones *freier wille o die willensfreiheit o die selbstbestimmung* en vez del ambiguo término *freiheit*. Pero el caso es que en

ninguna parte emplea estos otros términos en relación con lo que la tesis del determinismo psíquico descarta”. (Wallwork, 1994, p. 94)

Al representar de ese modo la libertad supuesta del hombre y al observar la recurrente apelación de sus colegas al azar, cuando buscaban designar la etiología de los síntomas, era natural que su fuerte formación académica y científica lo instigaran a promover un rígido determinismo para lo anímico, determinismo propuesto tan sólo para señalar el convencimiento de que los fenómenos psíquicos pueden ser esclarecidos. Las siguientes citas demuestran lo anterior:

“...así en las dos pacientes que antes cité... se habían instalado unas peculiares, dolorosas sensaciones en los genitales... cuyo determinismo (no estaba) ni en las escenas de la pubertad ni en otras posteriores... ¿qué tal si se dijera que uno debe buscar el determinismo de estos síntomas en otras vivencias que se remiten a otras?” (Freud, 1982f, p. 201).

“Los síntomas de la histeria... derivan su determinismo de ciertas vivencias de eficacia traumática que el enfermo ha tenido, como símbolos mnémicos...” (Freud, 1982f, p. 193).

En el caso Dora afirmó: “el hecho de que casi de continuo la dominase un sentimiento de ira celosa parecía susceptible todavía de una ulterior determinación (determinismo)” (Freud, 1982d, p. 86). Y continúa: “... es harto frecuente en los historiales clínicos de histéricos que el trauma biográfico para nosotros conocido resulte inservible para explicar la especificidad de los síntomas, para determinarlos” (Freud, 1982d, p. 25).

En la *Indagatoria forense y el psicoanálisis* agrega: “toda una serie de

acciones que se consideren inmotivadas están, sin embargo, sujetas a un rígido determinismo” (Freud, 1982g, p. 88).

Finalmente en el caso del Hombre de los Lobos señaló: “en un pasaje anterior manifesté que yo sin duda reconozco en el paciente el afán de degradar el objeto de amor. Ha de reconducírsele a una reacción ante la presión de su hermana superior a él, pero allí prometí mostrar que ese motivo de naturaleza autónoma no ha sido la destinación única, sino que esconde un determinismo más profundo, gobernado por motivos puramente eróticos” (Freud, 1982e, p. 86).

En todos los casos anteriores la palabra determinación o determinismo puede ser permutado por la de causación o explicación, pues es ese precisamente su sentido. De hecho, con esta palabra Freud confeccionó otra para resaltar la adecuada correspondencia que pudiera establecerse entre la supuesta etiología que un científico propusiera para alguna entidad clínica y esa misma enfermedad. A esta correspondencia la llamó “*idoneidad determinadora*” o “*idoneidad (de la etiología supuesta) para el determinismo (de la enfermedad)*” (Freud, 1982f, p. 194). Nuevamente ahí la significación es de causa.

En conclusión, el determinismo psíquico freudiano debe entenderse ante todo como la tesis que sostiene la existencia de causación en toda forma de fenómeno psíquico, aún en los más ínfimos e insignificantes, ya que la nimiedad del acto psíquico no rompe con el encadenamiento del acaecer de la psique. El análisis realizado por Ernest Wallwork sobre esta misma problemática llega a igual conclusión:

“El lenguaje que Freud emplea admite una lectura cuyo sentido indica que los acontecimientos mentales no son del todo arbitrarios y caprichosos, y esto al grado de poder afirmar que dichos acontecimientos están regidos por condiciones antecedentes y por leyes mentales...” (1994, p. 72). Agrega finalmente: “cuando Freud escribe que la concatenación universal de los sucesos es un presupuesto esencial del método científico parece haber tenido en mente, por principio, que éstos hechos pueden hacerse inteligibles, sin que por ello deba estar determinado por fuerzas y leyes que escapan a la influencia humana” (1994, p. 72). Por lo tanto, si determinismo se entiende estrictamente hablando como el postulado que hace de la causalidad el principio rector y supremo de todo acontecer, entonces Freud es indudablemente determinista, y un determinista extremo que encontró relaciones en ámbitos en el que supuestamente era acientífico buscarlos. Sin embargo, de ahí no se desprende como consecuencia lógica y necesaria la desaparición del poder de la voluntad. Esta última observación, cabe resaltarlo, tampoco asegura la vigencia de la voluntad y lo que ello implica, pues Freud, al seguir las indicaciones que ofreció la visión de un determinismo de la psique, propone la existencia de procesos inconscientes, que son un serio cuestionamiento de la supremacía de la conciencia, condición que es necesaria para la radical agencia del sujeto y su libre albedrío. “Es preciso ser consciente para elegir y es preciso elegir para ser consciente. Elección y conciencia son una y la misma cosa”, afirmaba Jean Paul Sartre (Bernstein, 1971, p. 150).

De este modo, si la teoría

freudiana hace de la conciencia el instrumento mediante el cual el individuo crea la ilusión de autocontrol, el medio a través del que es engañado, pues los verdaderos motores de su acción estarían siempre más allá de los límites de ella, entonces, se estaría aniquilando “la posibilidad permanente de efectuar una ruptura con su propio pasado, desarraigarse de él para considerarlo a la luz de un no ser y de poder así conferirle la significación que él tiene en términos del proyecto de un sentido que no tiene” (Bernstein, 1971, p. 150).

Hasta qué punto el determinismo psíquico freudiano es irreductible a otras formas de causación contrarias al poder de la voluntad, es otro asunto por discutir y que queda pendiente por desarrollar.

Determinismo y predictibilidad en el psicoanálisis

La idea de predicción es en general una figura representacional ligada al concepto de determinismo. Usualmente pensar la posibilidad de predicción de algún fenómeno tendrá como precedente la formulación de una tesis determinista. Lo interesante de esta cuestión es que ha conllevado a que se haga de la predictibilidad otro literal significado de la palabra determinismo. Determinismo significa aquí fundamentalmente previsibilidad rigurosa. Karl Popper adopta igual interpretación al asegurar que “el determinismo científico es la doctrina para la que cualquier suceso puede ser racionalmente predicho con una descripción suficientemente precisa de los sucesos pasados” (1994, p. 25).

En otros contextos científicos también es posible encontrar una

similar significación para el determinismo, por ejemplo, en las teorizaciones de la física cuántica. Esta acepción cuando es negada va a introducir, básicamente, la idea de incertidumbre. El principio de incertidumbre de Heisenberg es verbigracia el perturbador precepto que la física cuántica promulgó al mundo, conociéndose igualmente con el nombre del principio de indeterminismo. Pero enfatizamos, se piensa aquí el indeterminismo no como el resultado de un acausalismo, sino como el producto de una larga serie de causalidades cuya complejidad inabarcable obliga a tratarlo en cierta medida como azar. La figura de los juegos de azar ayuda a aclarar este punto. Ellos no siguen una ausencia de causas, sino una equiparación de éstas, que provoca precisamente la dispersión de resultados. Es, pues, la imposibilidad de estudios pormenorizados de los infinitos elementos en juego lo que obliga a reducirse a consideraciones globales y meramente factibles expresado sólo en términos estadísticos. Es el modelo de “Dios jugando a los dados” (Popper, 1994, p. 147).

Ahora bien, ¿qué importancia puede tener esta última interpretación del determinismo en la exégesis del texto freudiano? Al respecto, empiécese por observar este párrafo:

Aquí subrayamos en el hilo conductor de determinismo en el psicoanálisis porque plantea (un) problema que habría que resolver y que la mayoría de los tratados de psicoanálisis actuales perpetúan o eluden. (Esto es), que la física cuántica y el principio de indeterminación de Heisenberg derivado de ella han dado lugar a una concepción probabilística de las leyes de la naturaleza... las

implicaciones que pueda tener para el psicoanálisis el hundimiento del determinismo estricto, no ha sido suficientemente explorada, aunque, de los escritos de Freud se deduce claramente que el acontecimiento le habría trastornado... podríamos... decir que, no hay por qué aplicar al campo psicológico el hundimiento del determinismo en la física. Pero esta postura no sería muy convincente, ya que, en un principio, el psicoanálisis tomó prestada la doctrina de las ciencias físicas... la postura extrema de Freud debería moderarse, pero básicamente su argumentación continuará siendo válida (Erdelyi, M. 1990, p. 65).

De este modo, preguntémosnos nuevamente ¿cuál pudo ser el principio que el psicoanálisis adoptó de las ciencias físicas? A nuestro parecer, esencialmente aquel que establece que los fenómenos de la realidad pueden ser explicados, más no el que defiende la eventual predicción de los mismos. La certeza de las predicciones, que es el aspecto cuestionado por el principio de Heisenberg, no fue un supuesto defendido por Freud, tal como parece deducirse de la extensa cita previa, a menos que el autor de estas líneas esté derivando la validación del precepto de predictibilidad a partir de la mera aceptación de la existencia de relaciones causales o explicativas en la realidad, y consecuentemente, niegue la presencia de relaciones causales con la sola asunción de la idea de incertidumbre, posición que sin duda adolecería de un gran impase lógico. Dudable es que Freud haya concebido la entera predictibilidad para el comportamiento humano cuando él, en distintas partes planteaba la

multicausalidad de los síntomas y de los actos del sujeto. Para Freud, el psicoanálisis se distingue por estar “preparado para descubrir una motivación múltiple del mismo efecto anímico, mientras que nuestra necesidad de encontrar las causas se declara satisfecha con una única causa psíquica” (Freud, 1982a, p. 33).

Freud denota la psique como un entramado de hilos asociativos comparable a las ramificaciones de un árbol y no a las cuentas de un collar. “La cadena asociativa siempre consta de más de dos eslabones; las escenas traumáticas no forman unos nexos simples, como las cuentas de un collar, sino unos nexos ramificados, al modo de un árbol genealógico, pues a raíz de cada nueva vivencia entra en vigor dos o más vivencias tempranas, como recuerdos..”. (Freud, 1982f, p. 196). De ahí que concluya: “ningún síntoma histérico puede surgir de una vivencia real sola...” (Freud, 1982f, p. 196). Y la misma sobredeterminación puede extenderse a cualquier tipo de síntoma o acto del sujeto.

Así, entonces, ¿cómo creer en la predictibilidad de la conducta humana, teniendo la convicción de que todo acto estará motivado por innumerables posibles causas? Además, si su teoría no lleva consecuentemente a la eliminación del poder del sujeto de direccionar su vida, mucho menos es supponible la predicción segura en lo humano. El libre albedrío entendido como la convicción de no estar el futuro ya fijado de antemano elimina toda forma de certeza en el comportamiento del hombre. De tal manera, la predictibilidad, puro determinismo dice Popper, no es atribuible ni supponible en Freud.

REFERENCIAS

- Abbagnano, N. (1963). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de cultura económica.
- Aristóteles: (1981). *Ética nicomaquea*. Medellín: Editorial Bedout.
- Aristóteles (1995). *Física*. Madrid: Gredos.
- Bernstein, R. (1971). *Praxis y acción*. Madrid: Alianza editorial.
- Biblia*. (1972). Madrid: Ediciones paulinas.
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones metafísicas*. España: Ediciones alfaguara.
- Descartes, R. (1999). *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas*. Barcelona: Alba.
- Diccionario Enciclopédico Espasa*. (1985). Madrid: Editorial Espasa-Calpe.
- Ferrater, J. (1988). *Diccionario filosófico*. Madrid: Alianza editorial.
- Freud, S. (1982) *Obras Completas De Sigmund Freud*. Buenos aires/ Madrid: Amorrourtu editores.
- ___ (1982 a). Cinco conferencias sobre el psicoanálisis.
- ___ (1982 b). Conferencias de introducción al psicoanálisis.
- ___ (1982 c). Dos artículos de enciclopedia.
- ___ (1982 d). Fragmento de una neurosis infantil.
- ___ (1982 e). Historia de una neurosis infantil.
- ___ (1982 f). La etiología de la histeria.
- ___ (1982 g). La indagatoria forense y el psicoanálisis.
- ___ (1982 h). Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis.
- ___ (1982 i). Premisas y técnicas de la interpretación.
- ___ (1982 j). Psicopatología de la vida cotidiana.
- ___ (1982 k). Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci.
- Gran enciclopedia Larousse*. (1973). España: Planeta Colombiana.

- Hobbes, T. (1983). *Leviathan*. Madrid: Editora nacional.
- Hume, D. (1981). *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Editora nacional.
- Erdelyi, M. H. (1990). *Psicoanálisis. La psicología cognitiva de Freud* Barcelona: Edit. Labor.
- Kant, I. (1961). *Crítica de la razón práctica*. Buenos aires: Editorial losada.
- Popper, K. (1994). *El universo abierto*. Madrid: Editorial tecnos.
- Mill, J. S. (1917). *Sistema de lógica inductiva-deductiva*. Madrid: Editorial biblioteca científico filosófica.
- Torrenti, R. (1980). *Kant*. Buenos aires: Editorial charcas.
- Wallwork, E. (1994). *El psicoanálisis y la ética*. México: Fondo de cultura económica.
- Zuleta, E. (1985). *Pensamiento psicoanalítico*. Medellín: Editorial percepción.

Artículo recibido: Julio de 2009
Artículo aceptado: Febrero de 2010